

LA RECEPCIÓN DE LA FILOSOFÍA MODERNA EN AMÉRICA LATINA

INTRODUCCIÓN

En cuanto a la recepción de la filosofía moderna, como de la modernidad sin más, en América Latina, es obligado comenzar por desechar dos posturas extremas. La una dice que no hubo tal recepción de la modernidad, que todo fue una farsa. Así, dice Octavio Paz: «No tuvimos siglo XVIII: ni con la mejor buena voluntad podemos comparar a Feijóo o a Jovellanos con Hume, Locke, Diderot, Rousseau, Kant... como no tuvimos ilustración ni revolución burguesa —ni Crítica ni Guillotina— tampoco tuvimos esa reacción pasional y espiritual contra la Crítica y sus construcciones que fue el Romanticismo. El nuestro fue declamatorio y externo. No podía ser de otro modo; nuestros románticos se rebelaron contra algo que no habían padecido: la tiranía de la razón. Y así sucesivamente... Desde el siglo XVIII hemos bailado fuera de compás, a veces contra la corriente y otras como en el período “modernista” tratando de seguir las piruetas del día... En el campo del pensamiento y en los de la política, la moral pública y la convivencia social, nuestra excentricidad ha sido funesta»¹.

La otra postura extrema es la de que en América Latina hubo una modernización completa y profunda. Más bien, hubo una recepción del pensamiento moderno, pero que debe ser matizada y llevada a sus justos límites, a sus contornos específicos. Fue muy dura la lucha por recibir la modernidad, pero eso fue sólo reflejo de lo que pasó en la metrópoli. Y se trató de una modernidad bastante distinta de la europea; por principio, más diluida, más ecléctica; en el sentido de que no se quería romper del todo con los modos de pensar tradicionales: la religión católica y la filosofía escolástica; inclusive, se

1 O. Paz, 'Intelectualmente vivimos de prestado', en *Lecturas Dominicales. El Tiempo*, Bogotá, 5 febrero 1978, p. 3.